

VIDA TEOSOFICA

(*The Theosophical Life*)

Annie Besant

Hay ciertas formas de contemplar la vida que parecen derivar de un modo natural de nuestros estudios teosóficos. Me gustaría inspirar a mis lectores con energía fresca y determinación entre las pruebas del momento para que aplicaran en la vida cotidiana las doctrinas que estudiamos constantemente. Pues, si la Teosofía no es una ciencia de la vida, si el teósofo, a través de la Sabiduría Divina que estudia no adapta esa sabiduría para ayudar a los que le rodean, entonces su vida es realmente peor que la vida ordinaria. Porque si su inspiración es mayor, entonces, no elevarse significa ponerse a nivel más bajo que el hombre común.

Hay una gran verdad en aquella parábola en la que se dice que el hombre que no usaba su talento era digno del peor castigo y aquel que sabía y no actuaba debería ser azotado con muchos latigazos, mientras que aquellos que no sabían y no actuaban deberían ser azotados sólo unas cuantas veces. Y el teósofo no puede simular que no sabe. Por todas partes se derrama el conocimiento sobre él. Con estas ventajas de conocimiento nuestros actos deberían ser mejores que la actuación de la mayoría que nos rodea y, a menos que podamos justificar la Teosofía en nuestra vida, cuanto menos nos proclamemos teósofos, tanto mejor.

Pero, ¿cuáles son los principales puntos de la vida sobre los que brilla la Luz eterna? Del primer Objetivo -formar un núcleo de la fraternidad- nuestro principal deber debería ser colaborar en lo posible con aquello que tiende a la fraternidad, dándonos cuenta así de que no debe ser algo carente de sentido. No me entretendré en esto, pero hablaré de las dos grandes doctrinas, la Reencarnación y el Karma.

Ahora bien, ¿qué diferencia habrá en una vida en la cual la doctrina de la reencarnación está definitivamente asumida? Ante todo, si consideramos la vida con ese horizonte más amplio, deberemos adquirir una paciente fortaleza y una falta de prisa que no son muy típicas de la vida moderna. A partir del cristianismo, con la pérdida de la doctrina de la preexistencia del alma, con la consiguiente eternidad del cielo y el infierno, todo el destino de una condición perdurable dependía de esta única vida. Inevitablemente, con ese cambio de pensamiento, la prisa se convirtió en una de las características de la vida. Igual que en un barco en el que se corre peligro de naufragio cunde el pánico y la lucha, así todos los que creen en esa pesadilla de un infierno eterno y en el sueño de un cielo eterno, este elemento de la prisa se apodera de sus vidas; ¡hay tanto que hacer, tantas posibilidades, y tan poco tiempo! La vida se convierte en una lucha en la que el fracaso dará lugar a una condenación eterna. Al dejar de creer en la reencarnación, el *salvarse* también perdió su antiguo significado, es decir, que el ciclo de renacimientos estaba superado y que el hombre se había convertido, en un *pilar en el templo de mi Dios, inmutable ya para siempre*.

La antigua idea cristiana no era salvarse del infierno, sino del incesante ciclo de renacimientos, de las perpetuas *resurrecciones* de la carne, de las que nos habla Tertuliano. *Para aquel* que se *salva* estaba la promesa de convertirse en un pilar, sin moverse más que para sostener ese templo como una poderosísima fuerza de apoyo.

Esa idea espléndida de la salvación se ha convertido en la ridícula salvación individual de una sola unidad de la raza humana. Pero cuando vislumbramos que tenemos muchas oportunidades, que cada fracaso nos acerca un poco más al éxito y que el último fracaso es el umbral del éxito, entonces se desarrolla en nuestra vida una gran fuerza. Hay mucho tiempo, interminables oportunidades y la caída de hoy es el resurgimiento de mañana. Y lentamente, a medida que esa idea de la reencarnación va formando parte de nosotros, se va convirtiendo en un principio en nuestra vida; vemos que nuestra vida va adquiriendo la paz y la serenidad que proceden de ser conscientes de una vida inmortal. Estamos viviendo un solo día entre muchos, y lo que no podemos hacer hoy, mañana lo conseguiremos inevitablemente. Este poder es muy grande una vez que se ha reconocido totalmente y cuando sentimos que no hay nada por encima de nuestra fuerza, pues disponemos de tiempo durante el cual nuestra fuerza puede evolucionar gradualmente. Pero no sólo eso; todas las personas que nos rodean, adquieren una nueva perspectiva cuando nos damos cuenta del hecho de la reencarnación. Con nuestros amigos tenemos un lazo de unión más fuerte, pues todos los que conocemos como amigos llegan de nuestro pasado, el Espíritu llamando al Espíritu a través del velo cegador del cuerpo material; y nos damos cuenta de la inmortalidad del amor, igual que nos damos cuenta de la inmortalidad de la Vida. Y cuando en lugar de un amigo nos encontramos con un enemigo ¡qué perspectiva más distinta si conocemos la verdad de la reencarnación! ¿Quién es el enemigo? Alguien a quien hemos perjudicado en el pasado, alguien con el que estamos en deuda y que se presenta ante nosotros para reclamarla. El pago nos libera. Es un liberador, no un enemigo; nos proporciona la oportunidad de sacudimos una deuda sin el pago de la cual jamás podemos conseguir la liberación. Cuando lo consideramos bajo ese punto de vista ¿en qué se convierte nuestro odio o nuestro resentimiento? ¿En qué queda cualquier sentimiento, excepto en gratitud para quien viene a cobrarnos el pago de una antigua deuda y nos deja libres para seguir nuestro camino? Nadie puede perjudicarnos, excepto nosotros mismos; el enemigo que parece herimos no es más que nuestra propia mano abofeteándonos, nuestra propia acción que resurge en una nueva encarnación. Si nos enfadamos, nos enfadamos con nosotros mismos, nos odiamos a nosotros mismos y nos vengamos de nosotros mismos.

No existe la enemistad una vez que comprendemos perfectamente la reencarnación. Considerándolo así, desaparecerá mucha amargura de nuestra vida. Pues lo que nos hiere no es la injuria, sino el resentimiento, la sensación de daño, el sentimiento de ser tratados injustamente. Esas son las cosas que infunden el dolor a cualquier acción; y puesto que sólo se trata del pago de una deuda, ninguna de estas cosas están presentes, sólo se trata de restablecer el equilibrio anteriormente alterado. Todos los prejuicios se desvanecen y queda sólo la actividad, que es la restauración del equilibrio.

LA REENCARNACION

Y cuando hemos considerado así a los amigos y a los enemigos, ¿qué haremos con las circunstancias de la vida? La reencarnación nos hace comprender que las circunstancias que nos rodean son precisamente las mejores para nuestro desarrollo y nuestra evolución. Es un profundo disparate imaginar que en cualquier otra circunstancia podríamos actuar mejor de lo que lo estamos haciendo ahora.

La gente dice: 'Si mis circunstancias fueran distintas podría llevar una vida mucho más útil'. ¡Error! Estáis haciendo lo máximo allí donde estáis; en cualquier otra parte lo haríais peor, y no mejor. Estáis rodeados precisamente por aquello que necesitáis para avanzar un paso más en vuestro sendero, y en el momento en que estéis preparados para seguir otra línea de vida, esa línea se abrirá ante vosotros. ¿Hay un contratiempo familiar? Ese es exactamente el contratiempo que necesitáis para desarrollar la paciencia. ¿Tenéis asuntos que interfieren en vuestra vida? Eso es lo que necesitáis para hacer brotar unas cualidades de las que carecéis. En cada caso particular, tan sabia es la Buena Ley que las circunstancias que os rodean son las mejores que ha podido planear la sabiduría de un arcángel para vuestro crecimiento y desarrollo. Es imposible describir la paz que ese conocimiento aporta a la vida. Toda inquietud desaparece, toda preocupación cesa, el corazón ya no alberga ansiedad alguna por algo distinto. Y en el alma se desliza un contentamiento absoluto, completo y perfecto y en ese contentamiento se ha aprendido la lección de las circunstancias adversas, las cuales se irán modificando gradualmente.

Y no sólo ése es todo el beneficio que se obtiene de una verdadera comprensión de la reencarnación. Nos da una tolerancia infinita, una paciencia infinita con todo lo que nos rodea. El gran problema del hombre o de la mujer verdaderamente buenos es que la gente no sea buena de la manera que él o ella quieren que sean buenos. 'Si mi vecino hiciera lo que yo creo que debería hacer, cuánto mejor no sería su vida'. La buena gente se preocupa enormemente, no por mejorar su propia vida, sino por reformar la vida de sus semejantes. Y todo eso es trabajo perdido. El Yo de cada uno conoce su propio camino mucho mejor que el Yo de ninguna otra persona pueda imaginar para él, y establece su camino por la vida según el desarrollo que desee y necesite. Toma el camino mejor para él, y vosotros diréis: 'Sigue un camino equivocado'. Tal vez sea equivocado para vosotros, pero para él es el adecuado. ¿Quién puede juzgar las lecciones que ese Yo tiene que aprender en su cuerpo actual? ¿Acaso conocemos todos y cada uno de los incidentes de sus experiencias pasadas, sus pruebas pasadas, sus fracasos, sus victorias, de suerte que podamos decir lo que necesita ahora para avanzar otro paso en el desarrollo de su vida? Esa experiencia que os parece tan terrible puede ser precisamente la experiencia que él necesita; el fracaso que consideráis tan malo puede ser el fracaso que le conduzca hacia el éxito definitivo. No podemos juzgar nuestras propias vidas pues estamos cegados por el cuerpo; ¿cómo, pues, podemos juzgar la vida de los demás? No hay lección más vital que la de no tratar de controlar y modelar a los demás según nuestras propias ideas. ¿No se nos ha ocurrido nunca que en este mundo -que es de Dios- hay infinitas variedades de formas, infinitas diferencias de experiencias? ¿Por qué? Porque solamente en esa infinita diversidad pueden manifestarse los infinitos poderes del Ser. Lo que representa un fallo para nosotros, ciegos e ignorantes, es precisamente lo que se necesita cuando se lo considera desde otro punto de vista. Necesitamos elegir nuestro sendero según nuestro conocimiento y nuestra conciencia y dejar a los demás que elijan el suyo.

Tal vez digáis; '¿Quiere eso decir que no hemos de hacer jamás una advertencia, que no hemos de dar nunca un consejo?' No. Esa es la honesta ayuda que podéis prestar; pero no debéis decir, "AHORA" tienes que hacer esto. El Ser se halla en cada ser humano, y tal como dice el gran proverbio egipcio que tan a menudo cito, 'El hace su propio camino según la Palabra'. 'La Palabra' significa aquello que resuena en la naturaleza cuando es perfecta, formado de las infinitas vibraciones que crean una nota, y el conjunto de notas constituye el acorde de esa vida particular. Esa es 'La Palabra'. Según 'La Palabra' de ese Ser individualizado él crea su camino. A veces, en un acorde musical se necesita un desacorde para conseguir la perfección de la armonía. Suena muy mal si se toca solo, pero como parte de la armonía de un gran acorde esa nota que era tan discordante enriquece y convierte en perfecto el acorde. La mitad del secreto de los maravillosos acordes de Beethoven consiste en la fuerza con la que utiliza las discordancias. Sin ellas su música sería muy distinta, mucho menos rica, menos melodiosa y menos espléndida. Y en la vida

humana existen esas aparentes discordancias. Si suenan aisladamente nos asombran e incluso nos horrorizan, pero en la Palabra final esos desacordes también encuentran su resolución, y el acorde total de la vida es perfecto. La reencarnación nos enseña que lo que vemos es un fragmento tan diminuto de la vida que no podemos juzgarlo. Si cubriera casi por completo un cuadro de la pared, ¿cómo podría juzgar un espectador la belleza o la falta de belleza del conjunto? Similarmente, ¿cómo podemos juzgar la belleza del cuadro en el que aquello que nos parece un defecto puede ser la sombra que presta profundidad y belleza a toda la vida, que es mucho más compleja de lo que imaginamos? Si todas las vidas estuvieran hechas de acuerdo con nuestras simples ideas, ¿qué clase de universo veríamos a nuestro alrededor? Porque el universo es la idea de Dios y El se manifiesta en el mismo en cada detalle, y cuando vemos lo que nos parece un pecado, es prudente preguntarse: '¿Qué significa esta manifestación del Ser?' y no condenarlo. Entonces es cuando aprendemos. No necesitamos copiarlo. Para nosotros puede ser algo malo. Pero no debemos juzgar nunca a un semejante. Esa es la ley que se encuentra en todas las grandes escrituras. La actitud del teósofo debería ser siempre la de un estudiante de la vida. '¿Qué tiene que enseñarme este hombre, o esa circunstancia? ¿Qué tengo que aprender de este problema?' Deberíamos considerar la vida de este modo y, al hacerlo así, estaríamos tan interesados en ella que no tendríamos tiempo para juzgar o para inculpar, y nuestra vida empezaría a ser una vida de sabiduría.

KARMA UNA CREACIÓN CONSTANTE

Podríamos decir mucho más sobre este tema; pero ahora quiero hablar de una de las enseñanzas más mal interpretadas en Teosofía: la doctrina del Karma. Pocas cosas son tal vez más peligrosas que el poco conocimiento de la ley del karma y, desgraciadamente, muchos de nosotros nos hemos detenido en el momento de llegar a ese poco conocimiento. Necesitamos recordar cómo actúa el karma y juzgarlo por lo que sabemos y no por lo que imaginamos. La gente habla a menudo del karma como si fuera una especie de pesada losa que oprime la cabeza del hombre cuando nace y contra la cual no puede rebelarse. Eso ocurre a veces, pero en la gran mayoría de los casos el karma que estáis creando diariamente modifica todos los resultados del karma pasado. Es una creación continua y no algo que nos está acechando; no es una espada suspendida sobre nosotros y que puede caer encima en cualquier momento. Un modo práctico de apreciar esto es recordar las leyes kármicas; el pensamiento crea el carácter; el deseo crea la oportunidad; la actividad crea el medio ambiente. Considerad alguno de los días anteriores y veréis que vuestros pensamientos están entremezclados; algunos son útiles, otros perjudiciales; y si tuvierais que ponerlos en una balanza el resultado de la mezcla de todos esos pensamientos en la corriente kármica podría ser muy difícil de determinar. Y lo mismo pasa con los deseos; en algunos momentos del día sentís nobles deseos y en otros momentos sentís deseos innobles; a veces de forma sabia, a veces necia. El resultado de los deseos de un día tampoco es fácil de ver, pues es seguro que estará muy mezclado. Es igual con nuestros actos; unas palabras punzantes, otras amables, algunas dulces, otras duras; muy mezcladas de nuevo. El estudio de un día os demostrará que estáis creando un karma muy mezclado, y que es difícil decir si el resultado será para bien o para mal. Aplicadlo a vuestras vidas pasadas y os libraréis de la idea de una poderosa corriente que os arrastra.

Esa corriente está hecha de miles y miles de diferentes corrientes, y se oponen entre si la una a la otra. Con muchas de las decisiones que tomáis y de las acciones que siguen a las decisiones, se equilibrará la balanza del karma. Una verdadera comprensión del karma es un estímulo para la acción. En cualquier momento podéis cambiar los avatares del destino y podéis hacer que descienda un platillo u otro de vuestro sino. El karma está siempre creándose. Sean cuales sean las condiciones, sacad el máximo

provecho de ellas de momento, y si el platillo en vuestra contra pesa demasiado, no importa, habéis hecho cuanto habéis podido y eso pesará en el otro platillo y ayudará a equilibrarlos para el conjunto de vuestro futuro. La acción es siempre prudente. Es igual que parezca inútil; habrá disminuido el peso en vuestra contra. Todo esfuerzo tiene su resultado final, y cuanto más prudentes seáis, mejor podréis pensar, desear y actuar. Si pensáis así del karma, nunca os paralizará, sino que siempre os inspirará. 'Pero', diréis, 'hay cosas, después de todo, en las que mi destino es demasiado duro para mí'. Algunas veces podéis engañar a vuestro destino, cuando no podáis enfrentaros a él cara a cara. Cuando navega con vientos contrarios el marinero no puede cambiar el viento pero puede cambiar la posición de las velas. La dirección de la nave depende de la orientación de las velas con respecto al viento, y si al virar lo hacéis con cuidado, podéis navegar estrechamente unidos al viento adverso y con un poco más de esfuerzo podéis llegar a puerto. Esta es una parábola sobre el karma. Si no podéis cambiar vuestro destino, cambiad vosotros y enfrentaros a él desde otro ángulo y os deslizaréis con éxito allí donde el fracaso parecía inevitable. 'La pericia en la acción es yoga', y ésa es la manera en que el sabio gobierna sus estrellas en vez de ser gobernado por ellas. Las cosas realmente inevitables y ante las que no podéis cambiar vuestra actitud, SOPORTADLAS. Son muy pocas. Cuando hay un destino tan fuerte que sólo podéis inclinaros ante él y ceder, incluso entonces, aprended de él, y de ese destino recogeréis una flor de sabiduría que tal vez un destino más feliz os hubiera impedido recoger. Y así, de todas las maneras, vemos que podemos luchar y vencer, y que incluso de la derrota podemos obtener el fruto de la victoria.

De esta manera aprendemos la vida teosófica y se va haciendo cada vez más realidad a medida que transcurren las semanas. La vida teosófica debe ser una vida de servicio. A menos que estemos sirviendo, no tenemos derecho a vivir. Vivimos por el sacrificio constante de otras vidas en todas partes y hemos de pagarlo con la misma moneda; de otro modo, y utilizando una antigua frase, no somos más que ladrones y no restituimos la dádiva. El servicio es el gran iluminador. Cuanto más servimos más sabios nos volvemos, pues aprendemos sabiduría, no estudiando, sino viviendo. Hay una expresión en la cual lo que se dice es perfectamente cierto: 'Aquel que cumple la voluntad, conocerá la doctrina'. Vivir la vida de servicio clarifica la atmósfera mental de las nieblas distorsionadoras del prejuicio, la pasión y el temperamento. Sólo el servicio ilumina la visión de manera que todo el cuerpo esté lleno de luz, y sólo los que sirven son los que realmente viven. Ese ideal teosófico es el que debe impregnar la existencia de cada uno de nosotros, pues según el servicio que dedicamos a los demás podremos reclamar el servicio de Aquellos que son superiores a nosotros. Los que sirven a la humanidad sirven en proporción a los servicios prestados. Están comprometidos a proyectar la vida por unos conductos que la transportarán a todas partes y la distribuirán y Ellos buscan, con el fin de poder servir a la humanidad, a aquellos cuyas vidas son un prolongado servicio a la raza. Y no quiero decir por servicio únicamente aquellos grandes actos de servicio hechos por los mártires o los héroes. Cada vez que servís a un hombre o a una mujer con amor, servís a la raza. En la India, todo hombre verdaderamente religioso ofrece cinco sacrificios cada día. Uno de estos sacrificios es el 'sacrificio por los hombres'; como si dijéramos el sacrificio por la humanidad. La aplicación de esto es que antes de que el dueño de la casa tome su comida debe alimentar a alguien que necesite alimento. Sólo cuando ha alimentado a otro puede comer él. Servimos a la raza cuando servimos a nuestro vecino más próximo, y podemos glorificar cada insignificante acto de servicio si tenemos en cuenta detrás del receptor el gran ideal: 'Al servirte a ti, sirvo a la raza, y tú eres la mano de la raza'.

La vida se convierte en importante cuando la miramos desde este punto de vista más amplio, cuando vemos las cosas tal como son, en lugar de estar cegados por la apariencia externa. Que nuestra vida sea grande y no pequeña. La vida grande es la vida feliz, y aquella vida cuyos ideales son grandes es grande a su vez; pues la materia adopta la forma del Espíritu que la informa y una vida pequeña, según el

punto de vista externo, puede hacerse grande con el esplendor del ideal que la alienta. Si no podemos hacer grandes cosas, hagamos cosas pequeñas bien hechas: pues la perfección radica en la perfección de cada detalle y no en la magnitud del acto. No hay nada grande, nada pequeño, según el punto de vista del Ser. El acto del rey cuya voluntad configura una nación no es más grande, desde el punto de vista del Ser, que la acción de la madre amamantando a un niño. Los dos son necesarios, forman parte de la actividad divina. Porque son necesarios, cada uno es grande en su propio lugar, y el todo, no sólo una parte, es la vida del Ser. Es como un maravilloso mosaico, y cada fragmento que no ocupe su propio lugar constituye un borrón en la perfección del conjunto. Nuestras vidas son perfectas cuando ocupan el vacío correspondiente en el gran mosaico, y si dejamos nuestro trabajo sin realizar mientras nos preocupamos de otro, pueden quedar vacíos dos lugares, y el todo mal hecho.

Estas son algunas de las lecciones que encierra la vida que es verdaderamente teosófica. De este modo, la Teosofía resulta una ayuda, una gran fuerza, y si podemos vivir así, nuestras vidas propagan la Teosofía mejor que la lengua de ningún orador, por más hábil y elocuente que sea. Pues tan sólo hay unos cuantos oradores, mientras que son muchos los que viven y con su vida pueden predicar con más elocuencia que ninguna lengua. Este es el mensaje que yo daría aquí; esta es la inspiración que yo quisiera transmitir a la vida de cada lector, la inspiración que, aunque imperfectamente, guía la mía. Pues veo que a medida que estos pensamientos se hacen más fuertes y más apremiantes, a medida que se convierten para mí en realidades vivientes y no sólo en hermosas teorías, toda la vida resulta espléndida, sean cuales sean las circunstancias externas.

¡Centinela! ¿Y la noche?
"La Noche está próxima a la Aurora"
¿Cómo sabes que el Sol está próximo?
"La Estrella de la Mañana,
la Estrella del Este,
brilla sobre el horizonte".
¡Hermanos! ¡Preparaos!
Levantad la cabeza.

Digitalizado por Biblioteca Upasika
www.upasika.com